

—Es preciso, es preciso, dijo Manuel lleno de afán.

—Si no calla vd. me siento.

—Se lo ruego á vd. por lo que más ama en el mundo.

—Ya he dicho que no: es en vano cansarse.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Manuel ¡ten piedad de mí!

—Pero un joven como vd., tan tierno, ¿qué interés puede tener?....

—Lo sabrá vd. si quiere hablarme á solas.

—Eso nunca. Mi honor....

—El honor de vd. no corre peligro.

—Ya dije que no: y el mayor favor que vd. me puede hacer, es irse de aquí al momento.

—Lo haré, señorita, lo haré como vd. lo manda, dijo el joven con voz casi apagada; pero vd. se arrepentirá, vd. se acordará de Manuel para todo el resto de sus días.

La contradanza concluyó, Manuel, sin hablar palabra, condujo su pareja á un asiento, y luego se perdió entre los concurrentes.

II.

LA CRUZ.

Habían dado las doce de la noche, y Doña Teodora estaba en su aposento hincada delante de un Crucifijo de marfil orando y en profunda meditación. En su fervor, en sus lágrimas, en los ardientes suspiros que lanzaba de tiempo en tiempo, daba á conocer el estado de su corazón y la sinceridad de sus oraciones.

¡Felices los que dentro de su pecho tienen elevado un trono al Dios de todo lo que existe! En él encuentran refugio, como el niño en los brazos de la que le dió el ser, como el mendigo en la casa de su bienhechor, como el peregrino que atraviesa el desierto sin norte ni consuelo, en una tienda hospitalaria que le defiende de los ardorosos rayos del sol, y donde una mano piadosa humedece sus labios secos y moribundos.

Doña Teodora, durante el baile, había sido presa del martirio de las pasiones: no pudiendo soportar aquel estado de desesperación, se había retirado á su aposento diciendo que estaba cansada y pretendía dormir; pero lo que verdaderamente deseaba era estar sola, meditar su dolor, diri-

gir sus clamores al Eterno: únicos consuelos de los desgraciados, y sin los cuales el mundo sería aún más insufrible que la tortura inquisitorial.

Se levantó Doña Teodora mostrando en su semblante calma y resignación; su alma se sentía aliviada, aunque no del todo, y se apoderó de ella un doloroso placer, una melancolía tan agradable, mil veces más dulce que los goces brutales á que se entregan los que por su desgracia tienen corrompido el corazón.

El descanso, el sueño buscaba la recién casada como el último remedio á sus penas; y en consecuencia separó las cortinas de su cama para entregarse enteramente al reposo.

Pero quedó pálida y desfigurada cuando observó que un bulto se movía detrás de las cortinas.... Iba á dar un grito de espanto; pero la voz se apagó en sus labios, la faltaron las fuerzas y cayó de rodillas ante el hombre audaz que se había introducido hasta su cámara.

—No tema vd. señora, dijo Manuel levantándola. No pretendo hacer á vd. mal; sino al contrario, deseo aliviar su corazón y también el mío.... ¡El mío, gran Dios, que padece los tormentos del infierno!.... Además, ¿qué puede vd. temer de un joven como yo que entra apenas en la carrera de la vida; que aun no puede llamarse hombre; que es tan débil, aunque no tan feliz

como el cordero que sigue humildemente los pasos del pastor?

Algún tanto repuesta Doña Teodora con las palabras de Manuel, se levantó y le habló de esta manera.

—Es vd. joven, es vd. niño, es verdad; pero un niño que despedaza mi corazón, que me trae sin duda la desgracia.... Lo confieso: antes que ver á vd. quisiera más bien tener en mi presencia á un asesino, á Lucifer.... En esos ojos brillantes, en esa pálida frente.... me estremezco sólo al pensarlo, estoy viendo.... ¡Oh Dios!....

—¿Qué?

—¡La muerte!....

—¡La muerte!!!....

—No hay duda: la muerte.... Si vd. viera esa mirada inmóvil y penetrante, ese rostro ofuscado por una nube lóbrega y fría, esos labios amarillos y temblorosos, ese sudor.... ¡ese sudor!.... vd. mismo se horrorizara, vd. volaría á esconderse de sí mismo.... Lo estoy viendo, sí: vd. me trae la muerte.... Lo sé, lo sé.... mi angustia, mi dolor, una voz horrible me lo está gritando en los oídos!....

—Cálmese vd., nada tema, dijo el joven con voz firme. Es una aprensión; la sorpresa, el acaloramiento produce esas ideas espantosas. Si alguien debe morir, seré yo; ninguno más que yo: yo, que busco por doquiera la muerte.... yo, que tengo un puñal ardiente clavado en el cora-

zón.... Pero no perdamos el tiempo, que vuela como nuestra felicidad. Tengo que revelar á vd. un secreto, un secreto horrible.... Prevenga vd. su corazón, sin temblar.... Antes es necesario que vd. me jure no revelarlo á nadie.

—¡A nadie!

—Solo á su marido de vd.

—¡Gran Dios!

—Pero es preciso que vd. lo jure.... aquí, delante de este Crucifijo....

Y al mismo tiempo la condujo hasta la mesa.

—Jure vd. no revelar el secreto que la voy á confiar más que á su esposo; y que Dios cierre las puertas de su gloria para vd., y que la sepulte para siempre en las hondas cavernas del abismo, si falta vd. á su juramento....

—¡Lo juro!

—Pues ahora siéntese vd. y escuche.

Pronunció Manuel estas palabras con tal firmeza y resolución, que Teodora obedeció sin replicar, como quien se siente oprimida por una fuerza invisible.

—Vd. ha recibido una carta en que se la decía que no se casara porque sería desgraciada y haría infeliz á una familia pobre y desolada.

—Es verdad.

—¿Y por qué apresuró vd. su matrimonio?

—Le amaba, le adoraba..... ¡Perdón!....

—¿Dónde está la carta?

—La arrojé al fuego

Y luego se casó vd. Paciencia.... Ahora escuche con atención.

“No lejos de la capital de Guatemala hay una aldea pequeña, donde moraba un anciano labrador que sólo tenía una niña, y ésta era el consuelo de su vejez. En el mismo pueblo residía también otro labrador, á quien despojaron de sus bienes en consecuencia de un pleito judicial que perdió, y por cuyo motivo se comprimió tanto su corazón, que pocos días después bajó á la sepultura dejando á su amigo, el otro labrador de quien he hablado, un hijo joven aún, que quedaba sin parientes y sin más amparo que el amigo de su padre, quien le acogió en su casa como á su propio hijo.

“María, así se llamaba la hija del labrador, y el joven, se vieron y se amaron: tan imposible hubiera sido separarlos, como apartar la desdicha del corazón del hombre.—María, la dijo el joven tomando su mano y estrechándola, María, yo te amo, te adoro: eres mi aliento y mi vida.... ¿Has visto qué descontento estoy cuando el sol se oculta tras de las nubes y lo dejo de ver un día? pues lo mismo me sucede cuando no me hallo junto de tí. ¿Has visto cómo arden mis ojos, cómo palidece mi

frente cuando braman las nubes y truenan los rayos? ¿Has visto cómo tiembla mi corazón, cómo se demuda mi rostro, cómo caigo de rodillas cuando la tierra se mece de un lado á otro ó se levanta con violencia? Lo mismo me sucede, María, cuando de lejos te percibo, cuando estoy junto de tí y te contemplo enagenado, cuando beso tu mano temblorosa, cuando te estrecho contra mi seno, cuando imprimo mi labio ardiente en tu mejilla encantadora”....

Al hablar así Manuel, había tomado la mano de Doña Teodora, y la estrechaba con fuerza haciendo estremecer á la joven, y aun obligándola á veces á hacer movimientos para levantarse; y se hubiera levantado en efecto, á no ser por las acciones imperiosas de Manuel que la forzaban á estar quieta.

El joven temblaba; sus ojos amortiguados parecían encenderse; su voz, aunque dulce, tenía cierta robustez y cierta fuerza, que hacía estremecer; su acción era tan animada que, junto con sus palabras, hubiera sido capaz de enardecer un trozo de hielo. Una lágrima rodó por una mejilla de Manuel: éste la enjugó como quien se ha habituado ya á llorar delante de todos sin avergonzarse de ello.

¡Oh! aquellos dos personajes, en la flor de su edad, en tan extraña situación, con los rostros demudados y los ojos clavados en tierra, parecían pertenecer á otro mundo:

parecían dos ángeles que contemplaban asombrados la horrenda caída de Lucifer....

Manuel, después de reposar un corto intervalo, prosiguió así:

“El labrador conoció el amor tan ardiente que se profesaban los dos jóvenes, y no impidió sus progresos. Pocos años después, enfermo y casi moribundo, tomó á su hija de un brazo, y presentándola al joven, le dijo:—“Jacinto....”

—¡Jacinto! exclamó Doña Teodora temblando.

—Sí, continuó el joven con aparente calma, el labrador le dijo: “Jacinto, tú amas á María, al ídolo de mi corazón, y yo te amo como á ella misma. Te la doy por esposa: sé que te entrego una flor tierna, apacible, hermosa.... cuidala, y será la delicia de tu corazón....” Dicho esto les echó la bendición, y dos días después expiró en los brazos de los dos esposos.

“Estos vivieron algún tiempo en deliciosa paz, y eran el modelo y la envidia de toda la aldea; pero su felicidad duró poco, porque en el corazón de Jacinto se abrigaba una pasión aun más fuerte que la del amor: el deseo de subir á otra esfera que no le pertenecía, le arrastró con violencia, y su funesta ambición bien presto le arrancó de los brazos de su esposa, y le arrojó en medio de la guerra civil que incendiaba aquel desdichado país.

“Antes de partir Jacinto, se despidió tiernamente de su esposa, sacó de su seno esta cruz (al decir esto presentó Manuel á Doña Teodora una pequeña cruz de oro) y la dijo:—Esta cruz fué el único resto de los bienes de mi padre: él me la dejó y me dijo que no me separara jamás de ella, porque era herencia de mis abuelos. Yo te la entrego, María; no la apartes jamás de tu seno; servirá para que te acuerdes de mí: el día que la abandones, abandonas á tu Jacinto, le das la muerte.... Mi corazón me dice que he de ser opulento: tú serás partícipe de mi poder, y ese será mi mayor gozo....

“El infame partió á alistarse bajo las banderas del presidente Arce, donde se le proporcionó una tenencia. Le era indiferente cualquiera partido: donde más le dieran, allí estaría, porque sólo anhelaba subir....

María recibió algunas cartas de su esposo, en las cuales pintaba sus esperanzas de adquirir un puesto elevado y salir de la esfera en que nació.—¡Ah! ¡cuánto sufría el corazón de la desdichada esposa! su corazón la anunciaba un porvenir horrible!....

“Se pasó algún tiempo sin que la joven recibiera noticias de su esposo, hasta que supo que en la toma de Guatemala por Morazan en 1829, cayó prisionero y fué desterrado después fuera de la república.

“María reunió cuanto dinero pudo y lo mandó á su esposo á México, donde su-

po que estaba; pero una sola carta recibió de Jacinto, y no volvió á tener noticias de su paradero.

“Yo, único pariente de María, viendo su desesperación y que nadie tomaba interés en su suerte, me resolví, aunque joven y sin experiencia, á venir á esta ciudad.”

—¡Ah!.... ¡Dios mío! ¡Dios mío!.... Es una infamia.... He sido engañada.... engañada.... ¡Todo lo sabrá mi padre!....

Así exclamó Doña Teodora, levantándose del asiento pálida y desfigurada. Manuel la detuvo y la dijo:

—Señora, vd. ha jurado no descubrir mi secreto á nadie.—Va vd. á armar un escándalo inútilmente. Si hubiera justicia en México, D. Jacinto iría á un presidio. ¿Y qué conseguía vd. con esto?—Que en el teatro, en los paseos, en las tertulias, en un balcón, en cualquiera parte sería vd. señalada, y al verla todo el mundo gritaría: “Esa es la mujer del presidiario.” Pero en México no castigarán á ese hombre, y vd. tendría que separarse de él por la buena opinión ante el público, y sin embargo, el honor de vd. quedaría mancillado; sería vd. el asunto de las conversaciones y el objeto de los tiros de la maledicencia. Aunque soy joven, tengo alguna experiencia, señora, y sé que en la edad en que vivimos se ensalza al crimen y se desprecia á la virtud....

—¿Pero qué debo hacer, Dios mío? ¿qué debo hacer?....

—Escuche vd.—Esta cruz sólo debe de estar en poder de D. Jacinto ó de su esposa: vd. lo es....

—No, yo no soy su esposa, no quiero serlo....

—Tómela vd., continuó Manuel presentándosela, yo me callaré y haré callar á María: yo lo prometo, y basta: María morirá para el mundo....

—¡No, jamás! exclamó Teodora, jamás podré vivir con ese hombre.

—Pues bien, preséntele vd. la cruz; esto le ahorrará vd. una explicación. (Teodora guardó la prenda en su seno).—Dígale vd. que salga de México bajo cualquier pretexto, y que no se presente aquí jamás.

—Así lo haré.

—Pero que no sepa quien puso en las manos de vd. esa cruz.

—Lo prometo.

—Júrelo vd.

—¡Lo juro!

—Adiós, dijo Manuel en ademán de salir.

—¿Volveré á ver á vd.? preguntó Doña Teodora.

—Tal vez.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Aquí?

—En San Angel.

III.

ALMARAZ

Bajo de un hermoso y espeso emparado del jardín de D. Fernando, en su casa de campo de S. Angel, estaba sentado D. Jacinto Almaraz hundido en profundas meditaciones. Era joven, de fantasía ardiente y de no mal corazón; pero el deseo de brillar en el mundo, esa ambición sin freno, le arrastraba con ímpetu haciéndole derribar á toda costa los obstáculos que se le presentaran para subir. Había tocado el punto de sus deseos: su matrimonio con la hija de Murtas le ponía en medio de un campo vasto y florido, en donde su ambición encontraba á la vez cuantiosas riquezas, y un paso firme y seguro á los honores y dignidades. Su vista se espaciaba en las flores que regaban su camino, y ya las acariciaba lleno de gozo y de enagenamiento, cuando.... ¡infeliz!.... siente que debajo de las flores hay yerbas venenosas, debajo de las yerbas hay espinas punzantes y destrozadoras. Ya en su pecho se abrigan los remordimientos: serpientes atroces que le oprimen el alma, le despedazan el corazón: fantasmas sañudas y amenazadoras que, durante su sueño, mira levantarse del centro de la tierra, ir hacia él pausadamente, abra-

zarle y hundirle un filoso puñal.... Se levanta despavorido, quiere saltar del lecho.... bajo de sus piés brama una cascata de sangre que forma luego un río, de cuyas ondas sale una cabeza.... ¡Gran Dios!.... es la de María, ¡de María! que extiende sus brazos enrojecidos, y agarrándole con fuerza, pretende precipitarle en aquel abismo de horror....

Los malvados parecen gozar de sus crímenes: viven en la opulencia, tienen poder: no hay cosa que deseen que no la obtengan en el instante.... pero arrancad ese suntuoso vestido que los cubre: debajo de él hay un pecho que palpita incesantemente.... abridles el pecho: hallaréis un corazón corrompido, en cuyo centro hay veneno atroz: hay los tormentos del averno....

Recordaba Almaraz los sueños de la noche anterior.—“He cometido un crimen, decía para sí; un crimen detestable que me devora eternamente: he roto los lazos que sólo Dios debía deshacer.... El cielo me castiga; veo sangre en mis ensueños: yo no la he derramado, no; mis manos están limpias: no tengo que temer.... Pero he cometido una infamia: un crimen trae otro crimen, y otro, y otro más.... ¡Desdichado de aquel que comete el primero!....

Abismado en estos pensamientos, sintió el joven que se movían algunas ramas y luego se presentó á su vista Doña Teodora.

—Mucho dilatabas, la dijo. Me has citado para este lugar, ¿y hasta ahora vienes?

—No me podía desprender de la concurrencia.... Pero en fin, ya estoy aquí. ¿Por qué estás triste?

—Es natural que lo esté. Has llorado toda la noche, y esto me inquieta: ¿no me amas?....

—Si no te amara, no padeciera como padezco, porque no me hubiera casado contigo. Quiero saber la causa de tus penas: es preciso que me lo confíes, porque si no moriré de dolor, moriré de celos....

—¡De celos!....

—Sí, continuó Teodora; no falta quien diga que estás enamorado de otra, que sólo por interés te has casado conmigo, que....

—¡Es una calumnia! ¡es una infamia! exclamó Almaraz levantándose y temblando de furor. Dime quién ha sido el audaz que ha pronunciado semejantes palabras... Dímelo al punto.

—No puedo.

—Dímelo, ó de lo contrario me separo de tí para siempre.

—Será preciso que así lo hagas.

—¿Y tú me lo dices, tú, Teodora?.... Bien veo que no me amas, que no debíamos de ser esposos, que vamos á tener una vida de infierno, que tal vez otro... ¡Otro!.... ¿Será posible?.... ¡Oh rabia!.... ¡Maldita sea la mujer!.... Pero estos la-

mentos son demasiado tardíos por desgracia, y sólo el Eterno puede desatar los lazos que nos unen.

—Quien ha desatado unos puede desatar otros.

—Explicate.

—Digo que cuando un hombre ha emprendido la carrera del crimen, difícil es hacerle volver atrás.

—No te entiendo.

—Pero sí me entiende tu conciencia, y esto basta.

—Eso quiere decir que soy un infame.

—Vd. lo sabrá mejor que yo.

—Y vd. se servirá hablarme de una manera menos atrevida, señora, dijo Almaraz temblando de cólera y lanzando fuego por los ojos. Apenas nos casamos ayer y ya hoy tenemos riñas. La audacia de vd. se funda en el dinero, mi resistencia se fundará en la firmeza: vd. cree tener un apoyo en el valimiento de su padre, yo lo tengo en mi derecho. Vd., señora, es mi esposa, y está bajo mi poder.—Todo está dicho.

—¡Infeliz de mí! exclamó Teodora con las lágrimas en los ojos; ¿con quién me he ido á casar? Bien me lo decían mis amigas. Pero ya sé quién es vd., ya le conozco: he sido engañada; pero ya conozco mi desgracia, ya sé que es vd. un infame, un advenedizo, que con sus enredos é imposturas ha logrado ponerme en el estado en que me veo.

La cólera de Almaraz llegó á su último grado: se mordía con fuerza la lengua, apretaba los puños y miraba á su esposa como si quisiera devorarla. Al fin no pudiendo ya contenerse, levantó el brazo para dar á Teodora; pero ésta, como quien presenta un escudo para defenderse, sacó rápidamente la cruz y la puso ante los ojos atónitos de D. Jacinto. Este lanzó un grito, y se echó para atrás espantado como quien ve un tigre que se le abalanza, y así quedó por un breve rato como aturrido ó falto de vida.

Al fin trató de reponerse, y acercándose pálido y convulso, acarició á su mujer, y la dijo como en tono de chanza y separando los labios para fingir una risa que erbalde pretendía aparentar.

—Pues qué ¿soy el diablo Teodora, para que pretendas ahuyentarme con una cruz?... ¡Vaya! no creí que tal pensaras de mí... Y no es cosa: una cruz de oro y labrada con mucha delicadeza.

Y al mismo tiempo pretendió tomarla; pero Teodora no lo quiso consentir, y la escondió en su seno.

—No sabía yo que tal preciosidad tenías, continuó Almaraz; no la escondas, quiero verla otra vez.

—Eso es ya el extremo de la desvergiienza, dijo Teodora poniéndose ya pálida, ya encarnada. Jamás creí que tuviera vd. tanta audacia, tanto descaro... Pero acabe-

mos de una vez, no perdamos el tiempo; sepárese vd. de mí y no me vuelva á ver jamás. Seré desgraciada, pero sabré guardar silencio. Váyase vd. y haga cuenta que no me ha visto nunca.

—Por vida mía que no te entiendo, Teodora: explícate y sé franca con el esposo que te adora. Alguno me ha calumniado; dime su nombre, deseo ver á ese perverso, deseo....

—¿Qué?

—Matarle, beber su sangre, saciar mi rencor, mi furia....

—Basta de palabras inútiles, de fingimientos groseros, interrumpió Teodora aparentando gravedad. Vuele vd. á los brazos de su primera esposa, de María, y no vuelva jamás á aparecer en este país. Si mañana encuentro á vd. en mi casa, ¡desgraciado! todo lo revelaré á mi padre.

Dicho esto, se alejó rápidamente. Almaraz la siguió con paso inseguro, y con voz balbuciente y casi sofocada, la decía:

—¡Teodora! ¡Teodora! estoy desesperado: yo te amo, espera; si no me escuchas me daré la muerte!

Y la voz de Teodora sonó á lo lejos diciendo:

—¡No es mala idea: la apruebo!

IV.

EL CABRÍO

Era de verse la bandada de gente que se dirigía á un paseo á orillas de San Angel, y cuyo nombre es "el Cabrío." Unos hombres iban montados en asnos y otros á pie, llevando señoras y conversando cada cual con su pareja; y es de suponer que no hablarían de las penas del infierno si no acaso de amor, que era lo más análogo á las circunstancias. En el campo es donde los cortesanos tratan de acercarse al pueblo ó más bien á la niñez. El opulento se fastidia de sus ceremonias simétricas y de sus conversaciones afectadas; se fastidia de los perfumes y de los brillantes, de la obscuridad lúgubre de los salones y del movimiento monótono del coche. Desea variar de alfombra, de tapices, de cabalgadura, de modales, y hasta de palabras: en el campo vuelve á la primera edad, baja desde su elevado puesto hasta el de la humilde pobreza, salta en la yerba con más gusto que en una alfombra; cambia su coche por un carro, su brioso caballo por un asno pacienzudo, su insolente lacayo por un indio joven y humilde, á quien tiene la bondad de dirigir de cuando en cuando una chanza,